

# Signos de amor y libertad:

## Apolo y Dionisio

Luis Fernando Brehm Carstensen

---

La comunicación es un mensaje, lanzado por un emisor hacia un perceptor, a través de un vehículo que transporta los signos del mensaje y supera barreras, ruidos, antes de llegar de ésta a la otra orilla.

Con el fin de que el yo sea captado por el tú, ambos sujetos, yo-tú, se lanzan todos los signos que portan el sentido que cada uno desea para armar bien el mensaje y lograr la comunicación. El yo y el tú, se metamorfosean en el proceso: cuando el yo emite, es el sujeto que enuncia; cuando el yo recibe, es el perceptor, el que escucha. Lo mismo sucede con el tú. Ambos pronombres de primera y segunda persona, se cambian de puesto constantemente en el proceso de la comunicación, y los dos son sujetos siempre, o sea, seres personales, que enuncian y responden, que están en relación.

El mundo, al cual podemos adscribir la interioridad del sujeto así como su entorno y su historia, es un mundo personal, único, irrepetible, inagotable . . .

Entre el yo y el tú, pueden existir muchas analogías, visión, psicología, filosofía, amor . . . ; sin olvidar que se trata de puntos en parte iguales y en parte diferentes, ya que no existe la fotocopia del ser personal. A pesar de la fusión y sus detalles, el yo y el tú, presentan matices bien signados que establecen las diferencias entre uno y otro sujeto.

Cada sujeto —yo—, afirma o niega, duda, ve, sonríe y llora en su propio ser, al entrar en relaci3n con los demás —también sujetos—, que no son él. La vida le ofrece al yo, en el camino, múltiples presencias de seres humanos. En cada circunstancia el yo se enfrenta al otro, se encuentra con él. Esa tercera persona, para el yo, puede entrar en relaci3n de varias maneras: ojos que se ven al cruzarse por la calle y que nunca se vuelven a ver; seres humanos con los que se establece una relaci3n a través de un objeto, a partir de una necesidad: yo compro un par de zapatos. La dependienta me ha mostrado varios modelos, me decido por uno, voy a la caja, pago y recibo la mercancía. Yo satisfago mi necesidad de zapatos; la zapatería satisface su necesidad de vender.

Entre la zapatería y yo, se han presentado mediadores con los que se ha establecido un contacto. Se ha tratado de una relaci3n de superficie.

Las relaciones del yo con la tercera persona ocurren en situaciones concretas, en ambientes diversos: la escuela, el trabajo, la familia —hay reuniones en las que descubrimos a un miembro de la familia que no conocíamos—, la iglesia, la burocracia, la casa de los amigos . . .

En cualquier circunstancia el yo entra en relaci3n, sea en la superficie, en el camino hacia la comunicaci3n más personal, afable o no conflictiva, sea en la profundidad que crece o que se cuida.

El yo convive diariamente con personas, seres humanos con los que está en relaci3n o tiene que estar en relaci3n por motivos de trabajo, de coparticipaci3n, de asistencia, de necesidad . . . Toda situaci3n humana produce en el yo seguridad o inseguridad, crecimiento o decrecimiento, gozo o conflicto.

En el mundo de la indefinici3n, de las circunstancias cotidianas, surge, el mundo de las relaciones que se encauzan, misteriosa y naturalmente, hacia la comunicaci3n personal, el compromiso, que en un principio no pesa; tiene alas y sonrisas; posteriormente, pide una respuesta que connota esfuerzo, pero, pies firmes sobre la dureza del mosaico, muecas y podas parciales o totales.

Las relaciones del yo con la otredad personal se dan con la tercera o con la segunda persona, aunque según los ámbitos, devienen en un contacto yo-t , en mayor o menor profundidad. Cuando el sujeto ha entrado en el entorno de la relaci3n con el t , lo ha verticalizado y abierto a la horizontalidad, nace o crece el amor, se singulariza, se hace concreto, personal y deseoso de correr riesgos, a pesar de no tener aún la posibilidad de medirlos.

El amor siempre entra en el sujeto a través de los sentidos, se aúna al pensamiento y se fusiona con las perspectivas comunes, los deseos de ser con el tú, de construir, de arriesgar . . .

El enamoramiento no es un estado que el yo elige, es algo que padece. Se trata de un acontecer, un estar en amor sin que la libertad intervenga en un primer momento. Es una situación no consciente. El acto libre ocurre en el yo cuando acepta el sentimiento, porque lo ha reconocido. Entonces es capaz de decidir qué hacer con el sentimiento y entrar o salir del amor; conscientemente. Cualquiera de los dos extremos que elija, provocarán emociones de agrado o de desagrado; si determina cortar la relación, padecerá la ausencia; si elige alimentarla, tendrá la expectativa del gozo y los rasgos, tarde o temprano, del no gozo, aunque vea la conveniencia de vivirlos, porque busca crecer con el tú.

Parece importante considerar que después de la elección del sujeto, vista como la adhesión, con gozo, a alguien, a algo, no se eluden los problemas. Si el yo se decidió por una realidad, al mismo tiempo eligió no abrazar la otra. Eso no indica que deje de atraerle, de lamentarse por el bien perdido.

Las consecuencias de haber elegido una realidad son de gozo y de angustia posterior, por lo menos en algunos momentos. Ninguna obra de arte mantiene un mismo tono, un mismo trazo, un mismo colorido. La creación del amor señala tantas facetas como las de una persona; pero al ser fruto de dos, del yo y del tú, las facetas se multiplican casi hasta el infinito. Si la persona es inagotable, el amor también lo es, ya que sólo se da en la persona.

El ser humano es capaz de crear constantemente, de enfrentar problemas y de encontrarles solución. Es evidente que si el sujeto considera cómo resolvió un asunto, después de diez años de haberlo confrontado, le parecerá que cometió errores, pero ningún ser humano es capaz de elegir con los elementos que no tiene, solamente con aquellos que están en el momento presente de la decisión. Al caminar por la vida, el sujeto crece, crece la visión, se afinan los sentidos, se aquieta el espíritu y se tienen más datos. Es pues necesario examinar el presente, no lamentarse por el pasado. El hombre, a fin de cuentas, se define desde el presente hacia el futuro. Lo que cuenta es su hacer y su querer hacer. Lo pasado en el pasado permanece como experiencia para proyectar el hoy hacia el mañana.

Cuando el yo y el tú se eligen mutuamente y desean constituir un nosotros, no es en el instante del sí primero, sino tiempo después, cuando son conscientes del acto.

Al encontrarse los ojos con los ojos, al entrelazarse los dedos y las palabras, el amor se hace ternura, las caricias tienen todas las palabras eufónicas, los deseos quieren fundar la permanencia y detener el tiempo para hacerlo eterno. No hay vida ni muerte en el concepto, es el vivir en el amor lo que da el oxígeno al yo y al tú; la imperiosa necesidad de estar en la presencia física, el alimentó que basta. No hacen falta los platos cotidianos, ni el agua rutinaria, ni el descanso de la noche. El yo está en el estudio sin estar en él; los ojos recorren renglones, pasan páginas los dedos y el saber no ocurre. En la soledad que acoge el espíritu del yo, se construyen castillos de naipes, que pronto se caen al venir la voz ajena, con los sonidos de la realidad, la cena en familia, la invención de los pretextos y el roce de las palabras que esgrimen inutilidades sobre puntos diferentes; el de la razón y el de la emoción. El tiempo alarga las secuencias cuando el yo anhela la presencia física del tú. La relación con toda la otredad que no es su tú, aparece encerrada entre las tablas de un redondel; nunca se ve la salida, sólo la posibilidad del salto para asistir al encuentro con su tú, el que sí sabe, sí comprende, sí ama.

La ilusión del yo se teje con la del tú y se cuaja en los deseos de ser uno; no como las supuestas unidades que ambos miran en torno suyo, así sea la de otros seres a los que ellos han amado por la sangre o la amistad. Es que a la familia no se le escoge, simplemente se le recibe; la libertad crece cuando se tiene que elegir, y a los amigos, al tú, sí se les escoge.

La belleza para el yo, se llama tú: está en lo que codescubre con el tú; por él aprende a dejar el atalaya del ver y del mirar, y se instala en el contemplar: empieza a descubrir el mundo, a nombrar el ser y la vida, a sonreír con profundidad y a humedecer la cara por el roce de las hojas del árbol de la humanidad.

Al sentirse a gusto con su tú, cada yo crece en los deseos de perpetuar la unión. Por ello intenta crear una nueva persona, el nosotros; su alegría es vivir en los pronombres; el yo más en el yo; con el tú, con el cual gesta el nuevo ser que es desde su mismo yo, desde la misma esencialidad del tú, el ser antiguo y nuevo: el nosotros.

El pronombre plural se singulariza en la persona del yo y en la del tú. El nosotros se hace exclusivo: tú y yo. No hay lugar para los otros en el principio. Las dos personas que lo constituyen, lo cuidan, lo acarician con el agua del vivir de cada día. Aún no surge la rutina. Todo se va develando con la ilusión de penetrarse más, de ir más allá de los cuerpos, para besarse los espíritus. El inicio les da la satisfacción que soñaron desde antes de la vida del ser nuevo: ningún noso-

tros, sobre todo el que ya tiene el amor encanecido, les satisface al yo y al tú. Si están juntos es por el amor que son, porque del amor viene la creación y crear es sacar de la nada del ser, un nuevo ser, el del fruto del amor de los amantes que habitan el nosotros.

Cerrados en la mismidad del nosotros, el yo vive para el tú y el tú para el yo. La otredad que no son ellos, aparece como un obstáculo, como una circunstancia pasajera. Por ello habitan en la indiferencia activa, que está al acecho para eludir cualquier intromisión en el nosotros. Pero el ser no puede vivir aislado; no basta el recurso del yo para el tú, ni el del tú para el yo. Para caminar, para crecer, para crear, hace falta la presencia de la otredad, aunque sea el yo quien cree. Para cumplir sus deseos, aun las necesarias trivialidades, el nosotros requiere de la otredad. Todo los pone en relación como ser plural singularizado o como singularidad personal. Se encuentran con la cotidianeidad que pide la acción separada del otro miembro del nosotros, que exige una respuesta personal, propia en cada situación. Por cualquier lado que se mire, el yo y el tú que constituye el nosotros singular, el de ellos, que es distinto a los demás nosotros, está fusionado por dos seres que se aman; que tienen diferencias inmensas entre uno y otro; uno es hombre y el otro mujer, uno cree en lo que el otro no tiene puesta la mente; uno ve de un modo y, el otro, de manera distinta. El yo tiene amistades que no agradan al tú; el tú tiene lazos familiares que el yo no desea anudar.

Cuando el proyecto de vivir juntos se realiza, no se ven las diferencias; cuando se habita en el tiempo y nace del amor del nosotros un ser nuevo, otro sujeto, otro yo, aunado al peso y al gozo que trae bajo sus brazos cada día, el nosotros se abre más a la otredad, se aman las similitudes y se cincelan los problemas para darle figura al nuevo ser, para cristalizar la imagen del deseo que acariñaron tiempo atrás.

El yo proviene de un ámbito familiar, lo mismo que el tú. Unidos por el querer ser de los dos, gestan la nueva célula familiar. El nosotros, hecho de dos, crece; sin dejar de ser nosotros.

El amor no se divide, se levanta vertical y horizontal para ser y dejar ser. Cuando se tiene y se da de lo que se puede o quiere, el yo, finalmente se queda sin nada entre las manos: las monedas de la alcancía menguan, si se reparten, hasta dejar el recipiente vacío; en el amor, la realidad es misteriosa; cuando el yo da, es más, tal vez porque no tiene para darlo, sino porque es en el amor y al darse, crece, no se pierde, no adviene la tristeza, no queda vacío; al dar amor se es, se tiene más amor.

Al adherirse al nosotros, el de dos, yo - tú, el fruto de su ser, el amor se abre y crece; hay un tú que acariñar, un tú al que hay que facilitarle el camino, después del tiempo redondo en el cual las acciones se repiten, la rutina cansa, el llanto desespera y la sonrisa aquieta el mal humor. Las ocupaciones se acumulan, los objetos se hacen útiles y hay que adquirirlos. Los puntos de vista se reenfocan con el tú en el nuevo nosotros. La nueva vida es azul y más azul y a veces verde y negra.

¿Cómo dejar ser al tú desde el balbuceo hasta el encuentro de la identidad? El yo se quiere proyectar en el tú, dejar señales con la huella de los pasos, proseguir la obra comenzada y caer en la tentación del *areté* griego: aunque yo desaparezca, algo de mí ha quedado para la posteridad. La idea de excelencia en la acción, por tanto en la educación, atrae; el problema está en la relatividad del concepto; lo excelente varía según el sujeto y según el objeto. Lo único posible es el establecimiento de una relación epistemológica que lleve al sujeto a trascenderse en la relación con el objeto y, al mismo tiempo, a trascender al objeto. Si el trascender es ir de aquí hacia allá, implica un cambio, una modificación, un crecimiento, una direccionalidad. Es claro que el sujeto se transforma a sí mismo al establecer una relación adecuada con el objeto, esto es, respetar, ver por el objeto, descubrir qué es, para qué es, cómo existe. Al usarlo conforme a su ser y al ser del objeto, se genera el paso, el ritmo de aquí hacia allá, el tiempo y el movimiento, en un espacio preciso, para que de la relación de uso, se produzca una relación de cambio; cambio en el sujeto que toca al objeto y por utilizarlo se transforma a sí mismo; cambio en el objeto; el yo descubre la naturaleza del ser y sus notas hasta llegar a la esencia, al tal ser, el cual, al ser tocado por el sujeto, con amor, le saca lo mejor de él y lo trasciende; lo hace ser lo que es y algo más, precisamente por respetar su ser.

Cuando se enuncia la relación del yo con el objeto, es posible hablar de la excelencia, que es fruto de la disponibilidad del sujeto y de la captación que tiene del objeto. Por tanto sabe usar las cosas que son, para lo que son; sabe encontrarles sentidos y empleos que parecen ocultos en su ser, y el yo los descubre, los combina con otros seres objetos y produce, crea nuevos objetos, tal vez, arte.

La excelencia que pretende el yo en la relación con el tú, es inmensamente gelatinosa. No hay cimientos sólidos para pisar sobre seguro. De algún modo puede existir una inclinación hacia lo Apolíneo o hacia lo Dionisíaco; más, tal vez, hacia lo primero. Aunque ambos conceptos se refieren a la tragedia, se aplican también a la vida,

a la persona. Los principios, al apolíneo y al dionisiaco, son tendencias que se oponen, pero también se relacionan. Mientras lo apolíneo es la medida, la armonía, el conocimiento de sí mismo y de sus limitaciones; lo dionisiaco tiene un matiz de anarquía, de ebriedad, de fuerza sin control, de espíritu primitivo, de naturaleza asimétrica.

Estas dos tendencias conviven en el hombre y en su creación, sin embargo es evidente que siempre se da la trayectoria hacia alguna de las dos. Parece que la participación del yo en la realidad humana, en la cotidianidad, exige al sujeto un constante equilibrio en todas las acciones y relaciones. Parece que las estructuras y las instituciones en la sociedad aplauden la apolíneo y sólo a veces alaban lo dionisiaco aún sin comprenderlo. Pero el hombre sabe que lleva dentro de sí las dos virtudes como fuerzas; se identifica como ser uno, singular, y se siente plural; es medida y lirismo, realidad y sueño, deseo de libertad y malestar encadenado. La angustia lo alimenta mientras no sepa fusionar las dos tendencias y sacarles el jugo de su vida propia para aquietar el espíritu y entrar en relación con la otredad.

Cuando el yo llega al punto del agrado social, es porque, de alguna manera, ha triunfado en él lo apolíneo. Entonces sabe actuar, sabe moverse en la relación con la otredad, conforme a lo establecido institucionalmente, como una costumbre que se convierte en ley no escrita.

Lo más común es que se considere al sujeto "maduro" como el hombre cuajado en lo apolíneo. El yo, entonces, estará contento con su ser y con las relaciones en tanto sean guiadas por la medida, el tono "armónico", "el buen comportamiento social". Tratará, por consecuencia, de encauzar al tú, sobre todo al tú niño, para que forje el carácter en lo apolíneo y domine el temperamento dionisiaco. Si así se concibe la excelencia, se cree que la proyección, el *areté*, ocurrirá en la posteridad cuando la otredad siga los pasos del yo.

La verdad es que el hombre común se cuaja en una nebulosa concepción de lo apolíneo y por ello nada se mueve, nada cambia; el tono medido, el pretendido equilibrio velan por las estructuras para que los peligros de la mutación del ser personal y social no alteren el buen orden; lo que es y debe seguir siendo.

Cuando el yo encauza al tú, al otro, no cabe duda de que lo hace, dentro del núcleo familiar, con el mejor de los deseos apolíneos. Si la premisa es formar para una relación de acuerdo con la realidad, triste realidad social, en donde cuenta primordialmente el comportamiento, su tarea manifiesta un objetivo concreto: ayudar

al tú a crecer dentro del ámbito del tener: buena posición, buenas relaciones, buena tradición.

El peligro está en que si el yo quiere que el tú sea, lo va a guiar de acuerdo con la axiología casi exclusivamente apolínea que el yo posee. Por tanto sin calcular lo que el tú desea, ve, ama y quiere ser y hacer. Estas disposiciones de visión entre el yo y el tú en el núcleo familiar, son las primeras semillas de un estallido que reventará las relaciones.

Entre la libertad y el amor, la verdad y la trascendencia se conjuga la facilitación educativa. Si se atiende al seno familiar, se ve que la posibilidad de crecimiento está en la fusión de las cuatro realidades para caminar hacia el ser.

Con la prudente cesura a la generalización, parece claro que al nacer, el ser humano vive en la naturaleza primitiva, con más características dionisiacas que apolíneas.

Al principio prevalece la anarquía, el capricho, el egocentrismo, fundido con la creatividad, la nobleza y la expresión ingenua. El mundo, no elegido, del nosotros, en primer término, empieza a podar, a tratar de modelar, de imponer al tú, lo que se cree bueno y conveniente. En muchas ocasiones la educación que se ofrece en la familia, aunada a la educación de la escuela, gestan la deseducación, la castración de la libertad y la muerte de la creatividad.

Sentado en una piedra, entre el fuerte San Cristóbal y El Morro, el yo contempla el abanico de azules del mar Caribe, extiende los ojos horizontales, saltando de isla en isla, y los baja verticales para encontrar el agua, después del agua y de tanta agua: ondas marineras por arriba, corrientes submarinas por abajo; pelícanos que hacen cosquillas al azul; gaviotas que acarician con una ala el agua quieta; especies marineras juegetean y hacen por la vida bajo el agua; peces inquietos de luna sacan las alas del agua para platearse el costado. Puesta en un recipiente, el agua que se quiere detener queda sin vida.

El conflicto se renueva; simetría y asimetría, Apolo o Dionisio. La conciencia pide la simbiosis; la vida del yo se inclina como naturaleza hacia alguna de las dos tendencias, los pasos se dirigen hacia alguno de los dos santuarios.

## REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Curtis, Bernard y W. Mays (comps.) *Fenomenología de la educación*, F.C.E. (Breviarios), México, 1984.
- Devereux, George. *De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento*. Siglo XXI, México 1985 (3a. edición).
- Michel, Guillermo. *Por una revolución educativa*, Gernika, México, 1981 (2a. edición).
- . *Aprende a aprender*, Trillas, México, 1985 (9a. edición).

## BIBLIOGRAFIA DE CONSULTA

- Curle, Adam. *Educación liberadora*, Herder, Barcelona, 1977.
- Freire, Paulo. *Fundamentos revolucionarios de pedagogía popular*. Editor 904, Buenos Aires, 1977.
- Michel, Guillermo y Virginia Luviano. *El mundo como escuela*, Trillas, México, 1982 (2a. edición).
- Michel, Guillermo. "La comprensión en las Ciencias Sociales" y "Análisis radiofónico: en búsqueda de un método", México, 1985 (mimeo).
- Rosellini, Roberto. *Un espíritu libre no debe aprender como esclavo: Escritos sobre cine y educación*, G. Gili, Barcelona, 1979.
- Watzlawick, Paul et al. *Cambio*, Herder, Barcelona, 1976.